

JOSÉ MARÍA ZAVALA

EL MODELO CARLISTA DE  
TRANSICIÓN  
AL SOCIALISMO



Cuadernos de Historia del Carlismo  
Nº 9 Marzo 1999

**JOSE MARIA ZAVALA**  
**(Partido Carlista)**

*—El carlismo tiene una honda tradición en España, para muchas personas contradictoria con el socialismo autogestionario del que se reclama el actual Partido Carlista. ¿Existe realmente esa contradicción? ¿El carlismo de hoy en día representa lo mismo que representó en tiempos pasados?*

—Tendremos que hacer una referencia histórica para comprender bien lo que es el Partido Carlista, que no es un partido Carlista, sino que entronca con el movimiento carlista que nace nada menos en 1833. Sin embargo, hoy, haciendo una comparación entre lo que es el Partido Carlista y lo que fue durante el siglo pasado, a algunos les puede llamar la atención cuando nos expresamos diciendo que vamos hacia la construcción de un estado socialista y federal. Habrá quien diga: ¿cuando el Partido Carlista ha sido socialista? Nosotros decimos

que el Partido Carlista ha sido socialista de siempre. Lo que pasa es que quizá no se utilizase ese término. Pero en lo que tenemos que fijarnos es en los principios por los que ha luchado siempre el carlismo. El carlismo ha defendido fundamentalmente las libertades forales, las libertades de los pueblos, el derecho a autodeterminarse, los autogobiernos. Cuando hablamos de autogestión nos referimos al principio de soberanía social, que siempre lo ha tenido presente el carlismo. ¿Qué era esa soberanía social? Pues era ese principio de que el hombre debe participar con toda su responsabilidad en todos los campos de la actividad humana, en el campo económico y sindical, en el territorial y en el político. Nosotros a eso le llamamos autogestión ahora, pero lo hemos practicado siempre.

¿Cuáles son los principios del socialismo? Aquellos que buscan la libertad del hombre dentro del marco de la comunidad, donde el hombre es responsable de sus propios actos y va a liberarse de la opresión a que ha sido sometido por una clase dominante y va al autogobierno. El autogobierno en todas las dimensiones que hemos mencionado antes. En la economía nosotros buscamos la reapropiación de los medios de producción por la sociedad; es decir, que dejen de estar en manos privadas, que dejen de estar en manos de la oligarquía y pasen a la sociedad.

En la política vamos a la concepción del partido de masas o partido popular, en el cual el hombre no sólo vota y deja luego un período de tres o cuatro años, lo que dure el período constitucional, para irse a su casa y no participar. Nosotros decimos que el hombre tiene que dar un voto, pero un voto responsable, participante, tiene que estar cotidianamente participando en la vida interna de un partido, en la lucha política. Y en las comunidades

nosotros defendemos el principio de autodeterminación. Nosotros decimos que todos los pueblos tienen que ser libres de decidir su destino, su futuro, y para eso tienen que gozar de ese principio de soberanía, del derecho a autodeterminarse.

*—Entonces no hay diferencias sustanciales entre el carlismo de hoy y el carlismo del siglo pasado...*

—Diferencias sí hay, pero no ruptura. Diferencias las hay porque la misma iglesia, los mismos partidos socialistas históricos, el mismo partido comunista, etc., evolucionan y se transforman con el tiempo. El Partido Carlista, que tiene ya cerca de ciento cincuenta años de existencia, ha conocido también una evolución. Lo que no ha habido es ruptura. Nos basamos en unos principios básicos que han perdurado.

*—Sin embargo, mucha gente tiene la idea de que el carlismo representó hasta hace poco una postura reaccionaria, antiliberal, integrista.*

—Es cierto que el carlismo tiene una imagen de su actuación en el siglo XIX como reaccionario, como obstáculo para el progreso. Eso no es cierto. Las raíces del carlismo eran totalmente populares, y la prueba de ello es que en el año 1833 el ochenta por ciento de la población estaba al lado del carlismo, de Carlos V. El carlismo se negaba al cambio hacia un estado burgués y capitalista y defendía una serie de principios tradicionales, como eran los derechos comunales, las libertades forales contra un centralismo asfixiante, iba contra los grandes monopolios, etc.

Parecía, entonces, que el carlismo era un freno al progreso. Pero hay que fijarse en una cosa muy interesante: el bando del carlismo fue el bando popular por excelencia. ¿Quiénes se alineaban en el carlismo? Los asalariados, los pequeños propietarios, el campesinado, el

pequeño gentilhombre del medio rural, etc. Y en el otro lado, ¿quién estaba? Estaba una iglesia jerárquica: muy pocos obispos estuvieron en el bando carlista. En segundo lugar, un ejército institucional, la burguesía, la nobleza y los grandes ricos del país.

Y cuando empezaron a surgir los grandes movimientos anarquistas en España —que tienen una gran incidencia en el carlismo, pues la filosofía de éste tenía una gran similitud con la de aquellos—, cuando empezaron a surgir los grandes movimientos socialistas y revolucionarios, nunca se enfrentaron con el carlismo. Los que se batieron contra el carlismo estaban manipulados y dirigidos por la oligarquía económica.

En 1936, las circunstancias eran diferentes. El carlismo defendía la libertad religiosa. Cuando en 1931 se produce la instauración de la República, el rey don Jaime, en un manifiesto dirigido a los carlistas, les incitó a que se incorporaran a la República y la apoyaran, porque representaba una apertura democrática. Es muy importantes ese documento de don Jaime. Sin embargo, al poco tiempo, viene la quema de los conventos, la persecución de la iglesia, etc. En el carlismo hay unas raíces profundamente cristianas, y se interpretó que todo eso era un ataque a la libertad religiosa y los carlistas de entonces se encontraron en el deber de defenderla. Otro factor que hay que tener en cuenta para comprender la actuación del carlismo en la guerra civil es que a la muerte de don Jaime, a finales del año 31, Alfonso Carlos, que era muy mayor, volvió a integrar en el carlismo a todos los integristas que habían sido expulsados por don Jaime, cuando la escisión de Mella. Estos, que eran intelectuales muy brillantes, cogieron una serie de puestos decisivos en el carlismo.

Todo esto trajo consigo el que el carlismo

acudiera, en la guerra, al lado de la iglesia jerárquica, del ejército institucional, de los grandes terratenientes, de la nobleza y de los poderes económicos. ¡Qué extraño!, ¿no? Precisamente, los grupos sociales que en las tres guerras carlistas habían estado frente a él. En la «guerra dels matiners», que se produjo en Cataluña en 1849, un bando del ayuntamiento de La Garriga, que estaba en poder del ejército liberal, decía que había de perseguir a los carlistas por comunistas, porque eran los verdaderos enemigos de la propiedad privada, del orden y de la jerarquía. Es un hecho casi anecdótico, pero que demuestra que nos consideraban del bando revolucionario. Todo esto, un año después del Manifiesto Comunista.

— *Entonces, la participación de los carlistas en el bando nacional se debió únicamente al hecho de que en esos momentos la cúspide del partido carlista estaba controlada por un grupo de integristas...*

— En ese hecho radica una parte de la explicación. Además, hay que tener en cuenta que la gran masa de los carlistas vieron una serie de atropellos, de persecuciones hacia la Iglesia. El pueblo carlista, que era profundamente cristiano, reaccionó. Diríamos que fueron dos errores: uno, en el bando republicano, porque no fueron inteligentes en este aspecto, y otro, en el nuestro, al reaccionar tan violentamente sin haber llegado a un análisis previo. Hoy día no ocurre eso.

— *Sin embargo, los católicos vascos lucharon en el bando de la República.*

— Pero es que el norte era distinto, cuidado. En diciembre de 1936, Franco expulsó a don Javier de España, porque don Javier le denunció como dictador totalitario y fascista. Así está dicho en una carta que dirigió a Salamanca. Y el gobierno de Euskadi, no recuerdo

muy bien si fue el mismo José Antonio de Aguirre o una comisión del gobierno, habló con don Javier, que estaban en San Juan de Luz desterrado, con el fin de hacer unas negociaciones por separado, diciendo más o menos que estaban dispuestos a rendirse, siempre y cuando el País Vasco fuera ocupado por las tropas carlistas y se respetasen las libertades forales.

Don Javier les dijo que eso estaba hecho. A los pocos días fue el bombardeo de Guernica. Eso son anécdotas de la historia que se conocen muy poco. Pero claro, aquí ha habido tal ensañamiento con los que no estaban de acuerdo con el Régimen, que se ha calumniado, se ha atropellado y nadie ha tenido la menor opción de defenderse. Ahora está surgiendo una corriente reivindicativa, que a veces podría parecer revanchista, pero es que ahora se puede empezar a hablar libremente.

*—La ideología socialista que hoy tiene el carlismo, ¿entronca con el marxismo o es un tipo de socialismo no marxista?*

—El carlismo no se puede definir marxista dogmáticamente, porque no tiene una disciplina marxista. ¿Por qué razón? Lo que voy a decir aquí no significa en absoluto un rechazo antimarxista. Nosotros no somos antimarxistas ni somos marxistas por disciplina. Nuestro análisis, que arranca de mucho antes del nacimiento del marxismo, coincide con el análisis marxista en el terreno económico, por ejemplo. En el análisis socioeconómico hay una coincidencia total. Lo que pasa es que el carlismo es anterior al marxismo. Nosotros no rechazamos el marxismo, todo lo contrario, asimilamos mucho de él. El método de análisis que utilizamos nosotros tiene que ser marxista porque no hay otro. No conocemos otro método de análisis, sobre todo en el terreno socioeconómico.

Pero es que el proyecto político no debe basarse solamente en un análisis socioeconómico, sino que hay una serie de elementos muy positivos, sobre todo en España, y más concretamente en el carlismo, por su concepción cultural, foral. En la segunda mitad del siglo XIX, el partido carlista ya había hecho su propio análisis, quizá no con un método, pero tenemos un acervo cultural, histórico y social fantástico. Cuando llega el marxismo, el carlismo ya tiene un propio análisis, no tiene su método, tiene un análisis quizá rudimentario, quizá un poco ingenuo en algunos aspectos. Pero nosotros no renunciamos a toda una corriente cultural que ha sido la obra de un pueblo oprimido, que, a pesar de la opresión de las clases dominantes, ha ido elaborando un acervo histórico y doctrinal formidable. Llega el marxismo, con un poder tremendo de crítica al sistema burgués-capitalista, y nosotros lo recibimos con gran esperanza, porque responde a muchas de nuestras inquietudes.

Somos anteriores al marxismo. Nosotros, por tanto, recogemos muchos elementos del marxismo, como el marxismo recoge muchos elementos del carlismo. Ahí están todas las expresiones de Marx en su libro «La revolución en España». Son muy interesantes las observaciones que hace del carlismo. Reconoce que era uno de los movimientos populares más arraigados en la sociedad española, y que preconizaba un socialismo, el socialismo de «alpargatas» clásico.

En conclusión, nosotros decimos que el método de análisis marxista es el correcto. No encontramos otro. No somos dogmáticamente marxistas ni estamos en la disciplina marxista, mientras hay partidos hoy día en España que se tienen que definir necesariamente marxistas, porque si no pierden su razón de ser, porque arrancan del marxismo. Nosotros no



arrancamos del marxismo, aunque coincidimos con el marxismo muchas veces. Nosotros, repito, no encontramos otro método de análisis de la realidad social que no sea el marxismo. El cristianismo es una filosofía, una fe. El análisis cristiano para un orden económico y social no existe.

—*En este sentido, cabe deducir, por tanto, que el carlismo piensa que marxismo y cristianismo son perfectamente compatibles.*

—Totalmente. El Partido Carlista no encuentra ninguna incompatibilidad entre ser cristiano y ser marxista o, como hacemos nosotros, recurrir a los elementos marxistas, siempre y cuando no sean contradictorios con la fe cristiana. Eso es muy importante. Uno de los elementos nuevos que tiene que existir ahora en el cristianismo tiene que ser precisamente la búsqueda de esa coincidencia con aquellas escuelas filosóficas que tengan en su fondo esos principios de justicia y de amor que el marxismo los tiene indudablemente, eso no lo puede discutir nadie.

—*¿Se puede decir que el carlismo, por esa profunda raíz católica que siempre ha tenido, es un partido confesional?*

—No, en absoluto. El Partido Carlista no ha sido nunca confesional. Ha sido un partido que, a lo largo de su historia, ha estado compuesto por católicos, que defendían con mucha sinceridad su fe. Pero nunca fue confesional, aunque su lema muchas veces sea el «Dios, Patria, Fueros y Rey», porque en el carlismo siempre ha habido gente que no era católica. En las guerras carlistas, concretamente, había muchos voluntarios de otros países, de Alemania, por ejemplo.

La Iglesia, con su Vaticano II, ha facilitado mucho esta evolución, porque ha quitado muchos condicionantes a los carlistas. Hoy sería absurdo ser confesional. Lo que pasa es

que somos un partido en el que la mayoría de los componentes somos cristianos y, por tanto, nuestra línea ideológica, sin definirse como cristiana, está inspirada en muchos principios cristianos y en muchos principios marxistas.

—*Entonces, no se puede decir ni que el Partido Carlista sea un partido cristiano ni que sea un partido marxista...*

—No, no. Ni es confesional, ni es ateo. Es un partido político que no se define confesional. Sin embargo, la mayoría de sus componentes son cristianos.

—*Pasemos a otro tema. ¿Cómo se plantea el carlismo la estrategia para llegar al socialismo?*

—Nuestra gran estrategia en la construcción del socialismo que propugnamos, que es el Estado socialista federal, parte de la idea de que la vía directa para llegar al socialismo es imposible en la práctica. Para llegar a la construcción del socialismo, vemos que es inevitable pasar por una etapa de democracia formal. Esta primera etapa va a consistir en un cambio político del sistema actual, que puede desembocar en una democracia formal, de corte europeo, por ejemplo. Pero eso no es nuestra meta, por supuesto. En esa etapa, nosotros tenemos toda una línea táctica a desarrollar, que diríamos que ya casi la estamos aplicando en estos momentos, en el momento en que estamos integrados en los movimientos de la oposición democrática. Ahí coincidimos en unos mínimos con toda la oposición, para llegar al establecimiento de las libertades democráticas.

En el momento en que se establezcan las libertades democráticas, entraremos en la segunda etapa, que consistirá en plantear nuestro proyecto dentro del marco de la democracia formal. En este sentido, nosotros vamos a la constitución de un frente democrático revolucionario de todos aquellos partidos, co-

rrientes y fuerzas socialistas democráticas que entienden que hay que ir hacia una revolución de las estructuras. Nosotros concurriremos, por tanto, a las elecciones, al proceso parlamentario, jugaremos de acuerdo con las reglas de la democracia formal y también en el orden sindical, en el de las nacionalidades, etc.

Por procedimientos democráticos, vamos a llegar a la etapa de la construcción del socialismo. Nosotros creemos que el socialismo, por necesidad, por axioma, tiene que ser democrático y plural, porque nosotros no concebimos un socialismo de estado, de partido único. No estamos de acuerdo con eso, y creemos que hasta los mismos partidos que lo han propugnado están evolucionando. En la etapa de construcción del socialismo existirán todas las corrientes socialistas.

—*¿Qué fuerzas podrían constituir ese frente democrático revolucionario? ¿Vendría a ser una especie de Frente Popular?*

—Yo no diría Frente Popular, porque Frente Popular es una expresión ya acuñada en su época, y tiene un significado concreto. Yo diría que es un frente popular (con minúsculas), en el que podrán aglutinarse todas las fuerzas socialistas que acepten el pluralismo y la democracia, pero con una base revolucionaria, de cambio. Una socialdemocracia, por ejemplo, no tendrá cabida aquí, en este frente. Para nosotros es fundamental que todas las fuerzas que concurren a este frente sean socialistas, que acepten el pluralismo democrático y, al mismo tiempo, propugnen un cambio de las estructuras.

Hay una cuestión que debe ser precisada. ¿Ese socialismo plural acepta en su juego otras fuerzas políticas? Yo creo que, habiéndose producido el cambio de estructuras, si hay unas fuerzas políticas que propugnen la vuelta al capitalismo, se les debe dejar jugar, indu-

dablemente. Pero como nosotros vamos a la constitución por mayoría absoluta de unas estructuras socialistas, pues lo más probable es que esas fuerzas socialdemócratas sean minoritarias, pero las aceptamos en el juego, por supuesto. Porque un socialismo no plural terminaría desembocando, por su misma inercia, en un socialismo de estado y de partido único, y esto no lo aceptamos.

—*¿Entonces esa transformación al socialismo va a ser, por decirlo así, «parlamentaria» o va a haber, en un determinado momento, un «salto revolucionario»? ¿Qué opinan los carlistas de ese espinoso tema que es la dictadura del proletariado?*

—Es un tema efectivamente vidrioso. Nosotros desechamos, hoy por hoy, lo que podríamos llamar la acción directa de golpe de estado, de conquista del poder, de violencia. Ahora, en el futuro todo depende de cómo vaya evolucionando el país, si vamos hacia una situación regresiva o no. Para nosotros, hoy por hoy, con el camino que nos hemos trazado, que, como he dicho anteriormente, pasa por una etapa de democracia formal, no es necesario el golpe de estado.

En cuanto a la dictadura del proletariado, creo que, en primer lugar, es preciso plantearse qué es la dictadura del proletariado. Incluso los partidos comunistas de hoy en día, el eurocomunismo, creo que más que renunciar a la dictadura del proletariado ha renunciado a los términos. Yo creo que no puede hablarse de dictadura del proletariado, sino del pueblo en el poder, que es muy distinto. ¿Qué es eso del pueblo en el poder? Pues el pueblo participando en todos los escalones, en todos los niveles, en base a ese principio de autogestión, de autogobierno. Parece que es una dictadura del proletariado, pero no es tal dictadura del proletariado, es el

pueblo en el poder, en toda la extensión de la palabra.

—¿Pero usted cree que la burguesía aceptará una transformación socialista de la sociedad, aunque ésta estuviera avalada por una mayoría de la población, o que, por el contrario, y como hay precedentes históricos, terminaría reaccionando de una forma violenta, al margen de las leyes del juego parlamentario?

—Yo no diría la burguesía sin más, porque se pueden distinguir varios sectores en la burguesía, o en la derecha, si queremos designarle así. Hoy hay una derecha instalada en el poder y hay una derecha democrática, que es la que está en la oposición, y bastante amplia por cierto. Esta derecha, si acepta las reglas del juego, tendrá que rendirse ante la evidencia, si llega el momento de la construcción de ese socialismo plural y autogestionario que nosotros propugnamos. La otra derecha, la que está hoy en día en el sistema, que, a su vez, tiene una ultraderecha, que es un instrumento que depende de ella, puede dar un día grandes disgustos. Esa derecha del sistema no se resignará a esa transformación socialista, aunque ésta se produzca por vía democrática. Tenemos el caso clarísimo de Chile. Y, además, esa derecha potenciará a la ultraderecha buscando la alternativa del golpe de estado.

—Entonces hay un riesgo bastante grande de que al final termine produciéndose un enfrentamiento «directo» entre los partidarios del socialismo y los que se oponen a él.

—Es la concepción de las dos Españas, en el fondo. Pero yo creo que ese sector de la derecha es cada vez más pequeño.

—¿Pero usted cree que la otra derecha, la «democrática», llegando el momento, aceptaría una transformación socialista?

—Tiene que aceptarla forzosamente.

—¿Pero no puede ocurrir que esa derecha

*respete el juego democrático mientras no atente directamente contra sus intereses?*

—Ellos los defenderán, desde luego. Pero ellos tienen unos compromisos que deben respetar. Los principios democráticos los tenemos que aceptar todos. Si en ese proceso democrático se llega a la construcción del socialismo, lo tendrán que aceptar. Ahora, los que están en el sistema actual es distinto; está claro que se resistirán. Pero cada vez son más minoritarios, y va a haber corrimientos de esa derecha hacia la derecha democrática.

*—¿Sería posible precisar un poco más los rasgos de ese socialismo autogestionario? ¿Se extendería a todos los niveles de la actividad económica, pequeña y mediana empresa incluidas?*

—La organización socialista de la sociedad se enmarca en el contexto de la planificación, en el que entran temas tales como el de cómo se va a estructurar la empresa en un proceso de autogestión, en donde va a desaparecer el poder del dinero y va a ser el poder del trabajador el que va a prevalecer. La empresa va a tener dos funciones: una, de tipo autogestionario interno, y, por otro lado, una función externa, centrada en su participación en el marco de la planificación. La planificación se va a conjugar con todas las intervenciones que va a haber a todos los niveles de las comunidades. Nosotros vamos hacia un estado federal y socialista y, por tanto, la participación de las nacionalidades que componen ese estado va a ser muy importante en la planificación. Va a haber una solidaridad federal, basada en unos principios revolucionarios. En lo que respecta a la empresa, nosotros tenemos ya hechos unos estudios respecto a cómo va a funcionar, cómo va a quedar la propiedad de la empresa, cómo se iban a gestionar las inversiones, el crédito, la distribución de los beneficios, cómo

iba a conectar con la planificación, en cuya elaboración iban a tener una importancia muy grande los sindicatos, etc.

—*Podría explicar un poco más la concepción federal que propugna el carlismo.*

—En primer lugar, diré que nosotros no concebimos un estado federal sin el socialismo, porque ir a un estado federal sin estructuras socialistas sería bastante peligroso. Eso no quiere decir que sea antes el socialismo que el federalismo o el federalismo antes que el socialismo. Creemos que los diversos pueblos de España tienen derecho a decidir su futuro. ¿Cómo? Creemos que hay tres opciones: una puede ser la absorción, integrarse en un estado que absorbe; otra puede ser la separación, la independencia; y la tercera, la federación. Nosotros estamos por la federación. ¿Por qué? Porque creemos que una comunidad no puede vivir aisladamente. Nosotros mantenemos un principio solidario, universalista. Para ello, está la vía de la federación, para que los pueblos, sin perder su propia personalidad, sin perder sus características culturales, lingüísticas, técnicas, etc., manifiesten esa solidaridad universalista.

Repito que para nosotros el federalismo va inseparablemente unido al socialismo. Una Euskadi libre, independiente, pero con unas estructuras capitalistas, no nos sirve. Nosotros queremos una Euskadi libre, autónoma, con su autogobierno, pero que sea solidaria con los demás pueblos, para buscar ese objetivo máximo que es la solidaridad universal, la libertad de los hombres y la revolución socialista.

—*¿El carlismo actual es republicano o monárquico? ¿Plantea alguna cuestión dinástica, en este segundo caso?*

—El carlismo siempre fue monárquico, pero fue más dinástico que monárquico. Fue monárquico, porque entendía que la forma mo-

nárquica era la garante de ese contexto socialista y popular que mantenía el carlismo. La monarquía, como la entendía el carlismo, podía ser la garantía de su mantenimiento. Por ello, es por lo que podríamos decir que el pleito dinástico no ha existido, ha sido un pleito político, porque Carlos e Isabel se pusieron a la cabeza de dos movimientos políticos completamente distintos. Es decir, que al carlismo no le interesaba la monarquía en sí misma, sino aquella que defendía unos derechos populares. Por tanto, era el pleito político que existía en la sociedad el que dio origen a posturas de pleito dinástico.

Hoy en día consideramos que el fenómeno de la forma de Gobierno de la monarquía no es tan condicionante como podría ser antes. Pero el carlismo sigue siendo monárquico y sigue siendo dinástico, porque cree todavía que esa dinastía es la garantía de ese socialismo. Una cosa es el carlismo y otra el partido carlista. Mientras el carlismo sigue siendo monárquico, el partido carlista no se define respecto a la forma de gobierno, porque no somos dogmáticos respecto a ese tema. Mientras que otros son dogmáticos —hay partidos que dicen que son dogmáticamente republicanos por principio—, nosotros decimos que es el pueblo el que tiene que determinar la forma de gobierno. Nosotros, por tanto, no nos definimos como monárquicos, aunque sin renunciar a la forma monárquica en absoluto. Creemos que una forma monárquica tal como la concebimos nosotros puede ser una garantía formidable para la revolución.

El presidente del partido es don Carlos. ¿Por qué? Porque mediante el pacto de la dinastía con los militantes del partido, hemos considerado que tenemos que ir a una lucha hoy día distinta, en un terreno político que no es el del siglo pasado. Hoy en día no nos declaramos



monárquicos. No es oportunismo, sino porque no queremos ser dogmáticos, porque la realidad es que el día de mañana nosotros a lo mejor proponemos a don Carlos como presidente de la república ó como un rey o un monarca con carácter vitalicio, porque ese pacto nos garantiza la continuidad revolucionaria.

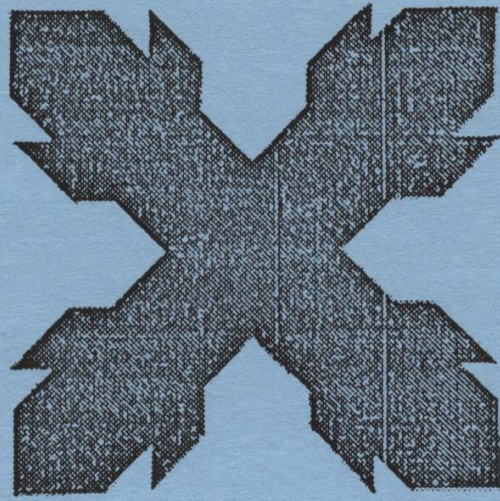
Para nosotros lo importante es la construcción del estado socialista, y luego veremos qué es lo que puede presidir ese estado socialista. El carlismo cree que puede ser una figura monárquica, pero será el pueblo el que tenga que decidir.

ESTA ENTREVISTA ES UN CAPÍTULO DEL LIBRO "MODELOS DE TRANSICIÓN AL SOCIALISMO. ESPAÑA 1977", DE S.E. FANJUL, PUBLICADO POR LA EDITORIAL MAÑANA, EN SU COLECCIÓN PILÓN, Nº 13. MADRID 1977. 163 PÁGINAS.

Digitalizado por

28 07 2020





**CUADERNOS DE  
HISTORIA DEL  
CARLISMO**

**JAVIER ONRUBIA  
APDO 10185  
28080 MADRID**